

AMÉRICA LATINA: CONJUNTOS, SUBCONJUNTOS E INTERSECCIONES ESPACIALES (CONSIDERACIONES METODOLÓGICO-TEÓRICAS PARA ABORDAR SU ESTUDIO DESDE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA)

Heriberto Cairo Carou (Universidad Complutense de Madrid, España)

Definir América Latina tiene mayor complejidad que la que se podría presumir. No es un conjunto enteramente homogéneo, pero tampoco alberga regiones estructuralmente diferentes, se incluye en conjuntos mayores, se intersecta con otros conjuntos y alberga subconjuntos. Los diferentes lugares que la conforman se relacionan con otros lugares del planeta de modos peculiares, y se insertan en los procesos globales de una forma característica. Sabemos que no ha existido siempre, aunque algunos la presenten como una agrupación casi natural o civilizacional. Y así podríamos seguir enumerando diversos problemas en su definición.

Para hacer frente a estos problemas analíticos específicos, a continuación vamos a referirnos a diversos aspectos de los métodos o procedimientos característicos utilizados en Geografía Política. Las problemáticas de la selección de conjuntos espaciales para su comparación, de la elección de la escala de análisis, o de la inclusión del cambio histórico en la explicación conducen al desarrollo de modos de análisis característicos, y entre los más importantes nos encontramos, respectivamente, con el análisis sintópico, el diatópico y el geográfico-histórico. Y aplicaremos cada uno a un breve estudio de caso relacionado con América Latina.

1. LA COMPARACIÓN: EL ANÁLISIS SINTÓPICO

Bajo la denominación de análisis sintópico –expresión acertadamente acuñada por Foucher (1986: 47 y ss.) por analogía a la noción de sincronía– nos referiremos al estudio de las combinaciones de conjuntos espaciales de similar tamaño o, como precisa Lacoste, al “examen sistemático de las intersecciones entre los contornos de los diversos conjuntos espaciales del mismo tamaño” (1980: 160); teniendo en cuenta que el análisis de las intersecciones implica el análisis de los casos en que éstas no suceden. No es ocioso señalarlo, ya que, continuando con el paralelismo con el análisis sincrónico, el análisis sintópico ha de trabajar sobre conjuntos espaciales en la misma escala, al igual que el sincrónico lo hace sobre hechos que ocurren al mismo tiempo, y no todos estos conjuntos han de ser secantes.

Este método analítico deberá hacer frente a los problemas que planteaba el llamado método comparativo, que es característicamente politológico y que forma parte sustancial de la tradición geográfico-política (Brunn y Mingst, 1985: 58).

La comparación de casos particulares se realiza, normalmente, para lograr profundizar en la comprensión de los mismos. Se ha sostenido (Prescott, 1972: 39) que el geógrafo político puede realizar tres tipos generales de comparación: dos áreas distintas en el mismo periodo de tiempo, una

misma área en diferentes momentos o diferentes áreas en diferentes momentos. Del problema de las comparaciones de la misma área a lo largo del tiempo nos ocuparemos más adelante, pero veamos los otros dos tipos. Por ejemplo, la comparación de los movimientos secesionistas de Nigeria, Uganda y Sudán entre 1967 y 1970, como propone Prescott (1972), es legítima porque se trata de hechos que se desarrollaron en conjuntos espaciales *grosso modo* equivalentes y las causas y consecuencias de los mismos podían ajustarse a similares principios estructurales. Pero, por seguir con los ejemplos que propone Prescott (1972), intentar comparar los procesos de expansión territorial de Roma y España responde, quíéralo o no el autor, a la idea de que los hechos sociales responden a leyes de alcance universal; presunción que lleva a las más peregrinas conclusiones, estableciendo relaciones entre variables sin ton ni son¹, sobre la base de que todos los conjuntos espaciales son comparables, independientemente del momento histórico en el que se producen.

Las comparaciones de conjuntos espaciales, así como el análisis de sus intersecciones, son útiles si se respetan determinadas condiciones, como que los conjuntos espaciales sean de similar magnitud, y que correspondan al mismo periodo histórico, aunque su evolución responda a diferentes timings. Porque, aunque pudiesen existir ciertas continuidades entre, por ejemplo, las guerras del Peloponeso, en el periodo de la Grecia clásica, y las guerras árabe-israelíes del presente siglo, de su comparación extraeremos muy escasos resultados, ya que las lógicas de cada una de ellas corresponden a sistemas históricos muy diferentes.

La división del espacio planetario en territorios estatales es un proceso que, como ya hemos descrito, se viene produciendo desde el siglo XVI. Ya hemos mostrado en el epígrafe anterior que no podíamos privilegiar esa escala de análisis. Pero el hecho es que se suele considerar que constituyen las piezas del sistema-mundo moderno, aunque ésta no es la única división posible: “El espacio que dividen [los Estados] se puede diferenciar también sobre la base de los procesos materiales fundamentales en acción. Estos mecanismos centrales y periféricos generan zonas que son centro y periferia, junto con la semiperiferia mixta entre ambas” (Taylor, 1987: 35).

La importancia de esta división espacial es grande, ya que una de las fuentes de error más frecuentes en los estudios internacionales está originada en el intento de comparar hechos que suceden en diferentes Estados, jurídicamente equivalentes, olvidándose de que la guerra o la democracia, por ejemplo, no se producen de la misma forma ni con la misma intensidad en diferentes áreas del sistema-mundo.

De lo dicho, puede quedar claro que, a la hora de establecer comparaciones o buscar intersecciones entre conjuntos espaciales, se deberá tener muy en cuenta cuál es su posición en la estructura espacial del sistema global. La estructura geográfica horizontal de la economía-mundo capitalista no es estática; antes al contrario, es muy dinámica. Áreas que en un momento determinado están en el centro pueden derivar hacia la periferia, y viceversa, constituyéndose la semiperiferia en la zona más dinámica de todas. Este hecho nos apunta otro de las dimensiones que debemos tener en cuenta en nuestro análisis: la temporal, que trataremos al final del trabajo.

¹ Taylor (1987: 12) recoge una de estas perlas, obra de Coulter: “Un incremento de una unidad en el desarrollo económico produce un incremento de 0.40 unidades en democracia liberal”.

1.1. Ejemplo ¿América Latina vs. América?

Definir con precisión el conjunto espacial que denominamos América Latina es una tarea previa a cualquier revisión de otros conjuntos con los que se pueda interrelacionar de alguna forma. En otros lugares me ocupé brevemente del tema (Cairo Carou, 2000), y retomaré aquí los argumentos. La aparición de la noción de América Latina está vinculada a la geoestrategia imperialista de rivalidad frente al mundo anglosajón de Napoleón III, a pesar de que el origen del término sea fruto del diplomático nacido en Bogotá Torres Caicedo. La región comprendería los países americanos que habían sido colonizados –o eran colonias en ese momento– de alguna potencia “latina” (a saber: España, Portugal o Francia): Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, México, Cuba, República Dominicana y Haití. Pero habría algunas zonas oscuras en la definición: ¿forma parte Puerto Rico de América Latina?, ¿y Québec?, ¿y Martinica, Guadalupe y las otras posesiones caribeñas francesas? Si intuitivamente casi todo el mundo estaría dispuesto a afirmar la latinidad de Puerto Rico, quizás tuviera más dudas con Québec, y definitivamente Martinica sería más caribeña que latinoamericana. Entonces, ¿América Latina está mal definida? No es ese el problema, sino que, como veremos a continuación, lo importante es entender el objetivo geoestratégico de la definición más que certificar que las bases sobre las que se asienta son “reales” o no.

El discurso latinoamericanista no es adoptado por algunas elites latinoamericanas sino hasta el siglo XX, y con objeto generalmente de enfrentarse al intento de dominio angloamericano, por ello implícitamente tiene un carácter reivindicativo y de oposición al discurso americanista ejemplificado por la doctrina Monroe. Pero pocos analistas se atreverían a afirmar la existencia de una única identidad cultural latinoamericana, quizás hasta finales de siglo. Y, si lo importante es la capacidad de movilización social de estos discursos, se puede afirmar que en la actualidad que una identidad latinoamericana se está reafirmando, y aparece en primer plano frente al “otro” europeo o norteamericano (Larraín Ibáñez, 1996; Mato, 1994).

El caso es que, en términos de las partes del mundo, América Latina sería “obviamente” un subconjunto de América. Esta tendencia a dividir el mundo por parte de los europeos que construyen el sistema-mundo moderno desde el siglo XVI, databa de épocas muy anteriores, como correctamente señala Agnew (2005), cuando Europa se diferenciaba de Asia y África en términos teológicos –cada región sería el destino de uno de los hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet)–, pero no hizo más que completarse con los “descubrimientos” de América o Australia y convertirse a partir del Renacimiento en una división “natural”. Pero hay otra lectura posible de la inclusión de América Latina en América (Cairo Carou, 2005): al menos desde que se plantean los primeros intentos de independencia de las colonias ibéricas en el Nuevo Mundo, desde el ya independiente Estados Unidos se formula por diversos miembros de su *intelligentsia* lo que terminó en condensarse en la doctrina Monroe y que puede resumirse en la idea de que las naciones americanas tienen unos intereses comunes de carácter propio independientes de los de las europeas, en definitiva una identidad común que se derivaría de la comunidad de geografía física, de la continuidad territorial. Los discursos que favorecen el desarrollo de un proceso de identificación panamericano y las prácticas espaciales a los que van asociados, como el intento de crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) han estado ligados a una geoestrategia de dominación continental estadounidense.

Sin embargo, no todas las representaciones del espacio estadounidenses dominantes plantean la unidad del continente. En su conocida obra sobre el pretendido choque de civilizaciones Huntington establece, bien es cierto que con algunas dudas, la existencia de una civilización latinoamericana, cuyas bases fundamentales, que la diferencian de la “occidental” (europea y norteamericana) serán la incorporación de civilizaciones indígenas americanas, la religión católica y “una cultura corporativista y autoritaria que Europa tuvo en mucha menor medida y Norteamérica no tuvo en absoluto” (1997: 52). Varios críticos han señalado acertadamente que el esfuerzo de Huntington, dentro de un espíritu de la más pura *realpolitik*, se orienta hacia la reconstitución del “otro” en la política exterior estadounidense después de la caída del “muro de Berlín”: “las colectividades culturales están reemplazando los bloques de la guerra fría y las líneas divisorias entre civilizaciones se están convirtiendo en las líneas centrales de conflicto en la política global” (1997: 147). Está por ver el efecto de este tipo de discursos en la reafirmación de una identidad latinoamericana.

2. LA ESCALA: EL ANÁLISIS DIATÓPICO

Del mismo modo que el análisis sincrónico se ha de complementar con el análisis diacrónico a fin de tener una imagen más completa de una situación, el análisis sintópico que acabamos de describir está íntimamente ligado al método de análisis que podemos calificar –siguiendo aquí también a Foucher (1986)– de “diatópico”. Este hace referencia al estudio de los problemas que conforman una situación mediante el análisis de los conjuntos espaciales originados por los diferentes fenómenos que contribuyen a definirla, conjuntos que se han de identificar de acuerdo con diferentes escalas espaciales.

El carácter esencialmente geográfico de este tipo de análisis nos aparece claro si tenemos en cuenta que, como señala Bunge (1983), los geógrafos ensamblan la información mediante la cartografía, información que es transformada a través de su proyección en mapas. En estos mapas, dependiendo de la escala a la que estén realizados, se pueden reunir o no determinadas informaciones; por ejemplo, para un geógrafo es evidente que los desplazamientos o los lugares de la vida cotidiana de los seres humanos hay que inscribirlos en mapas a gran escala, mientras que para estudiar los conjuntos espaciales que configuran las diversas civilizaciones ha de recurrirse a mapas a muy pequeñas escalas. Por lo tanto, utilizar en el proceso de análisis conjuntos espaciales identificables a diferentes escalas es una de las claves de la forma de operar de los geógrafos; cuando se elude el proceso de elección de escalas, cualquiera que sea el motivo, se produce de hecho una ruptura de vastas consecuencias –no siempre observables a primera vista– entre la Geografía, que al carecer de la clave unificadora de su análisis sólo podrá yuxtaponer en sus estudios elementos extraídos de diferentes disciplinas, y la Cartografía, que se ve reducida de hecho al estatus de técnica auxiliar (Lacoste, 1973).

El problema de la escala surge en los trabajos de Lacoste (1973, 1976, 1980) a raíz de su denuncia del uso de la categoría de “región”, a la que califica de “poderoso concepto-obstáculo”, en la Geografía de influencia vidaliana. En la medida en que esta escuela geográfica señala como objeto de estudio privilegiado la región –su fisonomía y su paisaje producto de la naturaleza y de la historia–, sitúa la realización de “monografías regionales” como la labor fundamental del trabajo del geógrafo, y favorece “ciertos niveles del análisis que corresponden a determinados tipos de espacio de conceptualización [lo que] provoca [...] la deformación u ocultamiento de factores que no podrán captarse de modo conveniente más que mediante otros niveles analíticos. Tales factores se hallan

subrepticamente descartados del razonamiento, debido a una auténtica filtración de informaciones que consiste en delimitar a priori el tipo de espacio que debe considerarse primordialmente” (Lacoste, 1973 [1976: 259]).

Se descartan, así, principalmente las referencias a los factores económicos, sociales y políticos, lo que, a la par que aleja a la Geografía de su convergencia con las Ciencias Sociales, debilita la capacidad de descripción e interpretación de la misma al no poder ser captados dichos factores –en su totalidad o en gran parte– en el nivel de análisis escogido.

Pero la consecuencia más grave derivada de la adopción de la región como espacio privilegiado de estudio es el reduccionismo analítico que se provoca al operar de ese modo, ya que el discurso tradicional de la geografía regional “lleva a considerar que un punto o un espacio determinados pertenecen única y exclusivamente a una región” (Lacoste, 1976 [1977: 144]), y la simple yuxtaposición de estos espacios regionales de carácter único conformaría la totalidad del mundo.

A fin de superar estos obstáculos, Lacoste propone realizar el “análisis de los fenómenos de espacialidad diferencial”, que se basa “en la investigación sistemática de los diferentes conjuntos espaciales a que pertenecen el punto o el espacio en cuestión. Cada uno de estos diferentes conjuntos espaciales sólo explica *parcialmente* unas características globales que hay que tener en cuenta para actuar en este lugar o en este espacio” (1976 [1977: 144]).

Por otro lado, hay que tener en cuenta que estos conjuntos espaciales no tienen ni mucho menos la misma extensión. Las dimensiones de los conjuntos que se analizan en los distintos niveles del sistema global son muy diferentes, y en cada uno de estos “estratos”, se da “una disposición peculiar de variables específicas, y entonces se pueden estudiar de manera individual” (Foucher, 1986: 44). Cada escala, cada nivel espacial, corresponde, entonces, a un diferente nivel de conceptualización.

Si los diferentes niveles de análisis espacial de hecho se corresponden con diferentes niveles de conceptualización, ya no se trata sólo de diferenciar e individualizar, sino que en tanto que estos estratos son interdependientes, se ha de operar de un modo en el que se pongan de manifiesto las interrelaciones. Lacoste expone esta necesidad mediante una analogía con el proceder de algunos historiadores: “Al igual que el historiador tiene como objetivo la reconstrucción de la combinación de tiempos largos y tiempos cortos, el geógrafo, como el estratega, para comprender una situación debe articular *diferentes niveles de análisis espacial*, las vastas extensiones y los pequeños territorios” (1980: 48).

En este enunciado la tarea del geógrafo queda asimilada a la del estratega, del mismo modo que, más arriba, se deriva la procedencia del análisis de la espacialidad diferencial de su necesidad para “actuar en el espacio”. A nadie deberían extrañar tales afirmaciones, ya que lo que se propone es ni más ni menos que reconstituir el método de la Geografía sobre las bases que hacían de ella, ante todo, un razonamiento estratégico, o, en palabras de Lacoste, una forma de “saber pensar el espacio para saber organizarse en él, para saber combatir en él” (1976 [1977: 135]).

Sin esta clave no se puede entender completamente la propuesta del método de análisis diatópico. La colaboración eficaz en la comprensión de los problemas sociales, políticos y económicos ha de ser uno de los objetivos de todo análisis espacial, pero, si no se quieren reproducir errores

como los ya reseñados en el capítulo primero, esta eficacia ha de orientarse “también a la acción [en el espacio] y, al menos, a la reconstrucción de los razonamientos que hayan conducido a tal o cual acción. Este método (...) reconstituye la esencia del razonamiento estratégico: elección de los ejes de un movimiento de acuerdo con las configuraciones encontradas y con la organización jerarquizada de la decisión y de los medios” (Foucher, 1986: 45).

Respecto a las escalas fundamentales del análisis Peter J. Taylor (1982, 1984, 1985, 1993) argumenta que el análisis se debe desarrollar a tres escalas básicas: la economía-mundo, el Estado-nación y la localidad, que no constituyen, desde este punto de vista, más que la “división vertical” del sistema-mundo. Ya nos hemos referido en el capítulo anterior a la perspectiva de la Geografía Política que intenta desarrollar Taylor en sintonía con el enfoque de análisis de sistemas-mundo formulado fundamentalmente por Immanuel Wallerstein (1984), por lo que no es necesario volver sobre los aspectos generales del enfoque aquí.

La utilización de esos tres niveles de análisis no es original del análisis de sistemas-mundo, aunque sí constituye una característica diferencial de la Geografía Política más reciente. Taylor (1984) describe como tras el “descubrimiento” en los años 1970 de las tres escalas (internacional, nacional e intranacional) se generalizó su uso rápidamente; pero acertadamente se pregunta: “¿por qué sólo tres escalas? y ¿por qué estas tres escalas en particular?” (1985: 29), y urge la respuesta a estas preguntas, ya que si se aceptan como dadas se estaría dejando de lado, entendiendo que es una estructura natural o cuando menos neutral, un hecho político fundamental en la investigación: “La principal ventaja de este enfoque es que se asegura de que, en vez de aceptar la escala meramente como un principio de organización, nos encaminemos a preguntarnos por qué lo político ocurre a una escala particular. No hay nada neutral acerca de la escala geográfica en la que cualquier conflicto se decide. Por cada escala ‘escogida’ hay otras olvidadas, que podrían haber ofrecido resultados alternativos. Así, lo que sacamos a la palestra son las relaciones entre las escalas y su diferente significado político. [...] La escala geográfica es política” (Taylor, 1984: 6).

Conviene tener en cuenta, antes de seguir adelante, que el problema de la escala, tal y como lo plantea Taylor, no se encuentra en absoluto alejado de las posiciones que hemos visto en Lacoste y Foucher; se trata en todos los casos de analizar los problemas a diversas escalas y rearticular esos diferentes niveles de análisis. La perspectiva geográfico-política de análisis del sistema-mundo implicaría una particular selección de escalas de análisis y la formulación de forma específica de las relaciones entre ellas. Entiendo que esta perspectiva puede ser muy útil metodológicamente en la medida que se corrijan los riesgos reduccionistas ya señalados anteriormente, de tal forma que se precisen bien el origen, desarrollo y alcance de los procesos de homogeneización a escala planetaria y de diferenciación en el ámbito local, y sin intentar hacer depender, aunque sea en última instancia, todas las escalas de la de la economía-mundo.

Por último, conviene tener en cuenta que cuando se ejecuta un tipo de análisis, como el que proponemos, cabe siempre el peligro de entender la descripción de un espacio considerado a determinada escala como el *espacio real*, siendo los otros dependientes de éste. También puede ocurrir –y de hecho ocurre, como acabamos de ver– que se considere el análisis a determinada escala como el fundamental, en tanto que los procesos objeto de análisis a esa escala se consideren determinantes del fenómeno, y en esa medida se descuiden otras escalas. Estamos expuestos, en suma, a la amenaza de practicar un análisis reduccionista.

El origen del problema suele estar, y sobre ello volveremos más adelante, en el carácter diverso que tiene para diferentes actores la misma porción de espacio; por ejemplo, lo que para unos es un lugar de recolección de frutos y de caza para garantizar su sustento, para otros es un “contenedor” de maderas preciosas que se pueden convertir en mercancías mediante las cuales se puede obtener beneficio económico o, excluyendo muchas otras posibilidades, para otros es una área productora de oxígeno de vital importancia para la supervivencia de toda la humanidad. Y no podemos reducir la realidad del bosque tropical del ejemplo a *uno sólo* de los procesos en marcha en ese lugar. Como señala Lefebvre, “el espacio concreto no coincide con ninguna de las divisiones que el analista efectúa en él; se concibe como un involucramiento de niveles sucesivos” (1974: 248), que para algunos podría recordar a las capas de una cebolla, aunque no estimamos demasiado afortunada la comparación, ya que el cambio de escala implica un cambio cualitativo. En todo caso, conviene tener presente que el análisis diatópico no identifica varias realidades, sino que deconstruye la realidad.

2.1. Ejemplo: Identidad vecinal, identidad nacional y proceso de urbanización mundial

No es posible entender el particular proceso de urbanización en América Latina sin ponerlo en relación con la economía-mundo capitalista en la que se inserta: si uno de los impulsos más fuertes tiene que ver con el proceso de industrialización por sustitución de importaciones en los años 1930, en la actualidad no podemos entender la región con el índice de población urbana mayor del planeta sin tener en cuenta los procesos relacionados con la llamada “globalización”. Pero tampoco se puede entender sin tener en cuenta los peculiares Estados latinoamericanos: “El Estado-nación latinoamericano, cuyo proceso de construcción se inicia en el siglo XIX, cuando se produce la independencia de los Estados, y se va consolidando no sin dificultad hasta el siglo XX, será un Estado abarcador y omnipresente, que liderará los procesos socio-económicos en todo el territorio, a través del establecimiento de la legalidad nacional, la economía nacional, y las relaciones exteriores con otros Estados durante la segunda mitad del siglo XX. Entonces, la ciudad como espacio político apenas con mayor o menor éxito se convierte en una mera correa de transmisión de la política económica nacional, sin autonomía de gobierno en la práctica, y un muchos casos, en la legalidad” (De la Fuente y Seppänen, 2007). Este es un tema muy manido, pero vamos a intentar mostrar el juego de interrelaciones desde una perspectiva algo inusual, como es la del proceso de construcción de identidades a diversas escalas en las ciudades latinoamericanas, y, en particular, en los “pueblos jóvenes”. Estos nacen en el contexto de la emigración de miles de personas a las capitales, que ha generado cinturones de miseria en torno a ellas. Las invasiones, es decir, la toma de terrenos que son del Estado por pobladores con el objetivo de crear nuevos asentamientos humanos, son algo habituales en las últimas décadas. Los barrios crecen desordenadamente en todas las direcciones, especialmente en los terrenos más pobres, o con mayores riesgos naturales.

Estas invasiones, como describe Seppänen, son planificadas. Existe una organización previa a la invasión, que meticulosamente va apuntando a los nuevos pobladores que desean conseguir “un terrenito propio”. El día –la noche– en realidad– de la invasión todo está preparado, los que se habrán apuntado acuden con palos y esteras para construir la cabaña que constituirá el inicio de su futura vivienda, se trazan los límites de los lotes y comienza la acción. Pero ni todo resulta como estaba planificado ni todos actúan de modo solidario. Los lotes se solapan o se salen de los límites. También aparecen los “traficantes de terrenos”, que en ocasiones son los propios promotores de la invasión, y acaparan varios lotes y los venden en beneficio propio.

Pero al día siguiente un mar de chamizos aparecerá en un terreno vacío hasta entonces, y sobre cada uno de ellos ondeará una bandera nacional, de cualquier tamaño o confección, que permitirá identificar a los habitantes como miembros de una comunidad: la nacional. De este modo, la bandera, cual ristra de ajos ante un vampiro, pretenderá disuadir a las fuerzas del orden de intervenir y desalojar a los que se amparan bajo ella. Se inicia pues el asentamiento –ilegal, por supuesto– bajo el reclamo y la afirmación de la identidad nacional.

Pero la identidad del vecino ha ido creándose “en la acción conjunta de los pobladores de Villa El Salvador por cambiar y transformar el arenal en un lugar digno para vivir. La identidad se ha forjado en los trabajos comunales, en los debates en las asambleas, en las movilizaciones, en la construcción de una organización comunal, en la creación de empresas comunes [...] en el caminar diario de construir una sociedad fraterna y solidaria” (Presentación Huamán, 2000). Sin necesidad de compartir los objetivos sociales y políticos de los habitantes de Villa El Salvador, el proceso de construcción de las identidades vecinales se desarrolla de forma similar en todos los asentamientos, y supone la aparición de nuevas identidades en nuevas colectividades. No se trata meramente de un agregado o una mezcla de las identidades previas de los nuevos habitantes, sino que se produce la aparición de una enteramente nueva.

Esta identidad, como describe Ramos Rollón (1995), se construye a partir de varios factores, y se ve facilitada por la misma estructura espacial de las viviendas y los barrios. Así, el tiempo de existencia del barrio, su dinámica organizativa y las fiestas o actos comunes inciden de forma directa en el reforzamiento de la identidad comunitaria, aunque no en todos los casos en la misma medida y de la misma manera.

Más interesante es el caso de la estructura espacial, que facilita la construcción de una fuerte identidad vecinal por dos vías: por un lado, pueden existir espacios que son el lugar de encuentro, de reunión de los habitantes, que se apropian simbólicamente del mismo como centro de su mundo y actividades, pero a veces es difícil encontrar un espacio colectivo de recreo en asentamientos que son producto de invasiones; por otro, la interconexión fluida entre el espacio privado y colectivo que existe en los barrios –que contrasta con la privacidad y el aislamiento de las urbanizaciones de clase media y alta– favorece la creación de una identidad comunitaria fuerte.

El proceso de identificación, como señalábamos al principio se produce mediante un juego de oposiciones: “Uno de los principales factores de integración era la oposición al contrario y esto explicaba en buena parte el sentido de comunidad como barrio (frente a urbanización), de pobre o popular (frente a rico) o de íntegro (frente a corrupto) [...] La identificación como vecino hace referencia al espacio de habitación, a la vida cotidiana, al vecindario, al lugar de la reproducción (frente al espacio productivo). De ello se puede inferir que vecino se contrapone a público” (Ramos Rollón, 1995: 44). Esta contraposición con los poderes públicos, con el Estado –en concreto y en abstracto– resulta lógicamente del abandono que sufren estos barrios o pueblos nuevos por parte de las instituciones, salvo en contadas excepciones, como es el caso de Villa El Salvador en Perú, que el régimen de Velasco Alvarado quiso poner de ejemplo al mundo. Pero redundaba en una dificultad añadida para mejorar la situación del vecindario.

Estas son algunas de las “piruetas”/contradicciones en la interrelación entre identidades territoriales en los Estados-nación y las ciudades latinoamericanas, que se construyen en un proceso de urbanización sólo explicable en relación a los avatares de la economía-mundo capitalista.

3. EL CAMBIO: EL ANÁLISIS GEOGRÁFICO-HISTÓRICO

Ya nos hemos referido a que el espacio no permanece inmutable en el tiempo, ni mucho menos; y, también, hemos mencionado el hecho de que la acción humana, incluyendo el conflicto, se genera en matrices espacio-temporales de las que no se puede separar. Por lo tanto, el geógrafo político “no se debe limitar a estudiar la posición y distribución espacial de variados fenómenos; debe también estar atento a cómo cambian. Debe también estudiar los movimientos, lo cual implica considerar simultáneamente el tiempo y el espacio” (Lacoste, 1984: 225).

Por otro lado, como señala Foucher (1986), los dos métodos de análisis espacial que acabamos de describir se pueden utilizar para estudiar situaciones pasadas o presentes, así como las relaciones existentes entre ambas. Pero no se pueden aplicar sin más, como si la dimensión temporal fuera absoluta y en ella se sucediesen las cosas. En tanto que el concepto de tiempo es relativo, se pueden distinguir momentos de crisis junto a otros en los que parece que no cambia nada, periodos críticos y tendencias permanentes que, tanto los unos como los otros, se han de considerar en el análisis (Lacoste, 1985).

Si aceptamos que el tiempo no es una dimensión absoluta sino relativa, podemos estar de acuerdo con Santos en que “no es uniforme, sino que se divide en segmentos diferenciados” (1980 [1984: 159]); lo cual implica que existen sistemas temporales, cuyas relaciones con las estructuras espaciales deben ser analizadas por los geógrafos políticos.

La producción del espacio no responde a una sola lógica, por lo que hay que tener en cuenta todas las que intervienen en la misma para comprenderla; de igual modo, cada elemento de los que constituyen el espacio, es ininteligible si no se tiene en cuenta el sistema al que pertenece. En este sentido, “la reconstrucción de los sistemas temporales y de los sistemas espaciales que se han sucedido es fundamental para la explicación de las situaciones actuales. Ello implica una identificación exacta de las periodizaciones a diferentes niveles” (Santos, 1980 [1984: 161]).

Las dos periodizaciones más conocidas del sistema-mundo moderno son las de Modelski (1987) y la de Wallerstein (1974). Como ya hemos señalado en los capítulos anteriores, Taylor (1985, 1993) conduce su perspectiva de análisis geográfico-político siguiendo el proyecto wallersteiniano, y, así, la matriz espacial-temporal que propone sigue la segunda de las periodizaciones. Por el contrario, otros autores –por ejemplo, O’Loughlin (1988), en el caso del análisis de los conflictos bélicos– estiman que la periodización de Modelski es la más adecuada. Nosotros estimamos que no tienen por qué ser excluyentes, y su operatividad se ha de estudiar en el análisis concreto.

Santos (1980) elabora la noción de “tiempo espacial” para dar cuenta de la superposición en los lugares concretos –“subespacios”, en sus propias palabras– de “influencias que provienen de otros espacios, que poseen, cada uno, una combinación diferente de sus propias variables, por lo tanto una significación temporal y espacial particular” (Santos, 1980 [1984: 162]). De este modo, cada lugar es resultado de diferentes acciones, realizadas por múltiples actores, en momentos diferentes. Si en el espacio cada variable aparece con una fecha de instalación diferente, cada lugar tiene una combinación de variables única.

Pero esto no quiere decir que haya que desechar el estudio de los sistemas espaciales; por el contrario, su análisis temporal nos revelará una sucesión de los mismos, en los que a lo largo de toda la historia el valor relativo de los lugares cambia. Así, podremos deconstruir el significado de las diversas variables en cada lugar; significado que es cambiante porque “el espacio [...] es el testigo, la base y el objeto de sucesivas influencias temporales” (Santos, 1980 [1984: 163]), pero que responde a un sistema de correspondencias cuya vinculación la proporciona cada lugar concreto.

3.1. Ejemplo: De la construcción de América Latina a Aby Yala

Resulta evidente que más allá de una continuidad del espacio físico, con la relativa salvedad de las islas, no existía ningún factor de unidad en la época precolombina en lo que hoy conocemos como América Latina. Es en el proceso de colonización que inicia el viaje de Colón donde deberemos buscar la conformación de una unidad regional. Es decir que serán factores externos los que determinen su situación relativa; en particular la incorporación al sistema-mundo moderno a partir del siglo XV.

El inicio del imperialismo formal estuvo, de hecho, asociado a la colonización del Nuevo Mundo por los países ibéricos, primero, y otros países europeos, más tarde. Este proceso permitió la primera expansión del sistema-mundo que había nacido poco antes en el occidente del continente europeo y constituyó un paso decisivo para su afianzamiento. Pero no se debe interpretar el hecho de que la mayor parte de la región cayera en las mismas manos como un factor de unidad esencial: el sistema-mundo moderno se caracterizó desde su principio por un sistema de múltiples Estados. Las apetencias de otros Estados europeos por las posesiones americanas de los países ibéricos eran grandes, especialmente en el Caribe, donde se asentaron ingleses, franceses y holandeses entre otros. Por lo tanto, el factor de unidad de la región no era al principio ni fue después de carácter político.

Pero otra de las características del sistema-mundo moderno es la existencia de un solo mercado mundial, que fija los precios y en el que se desarrollan los intercambios. Por eso la fragmentación territorial del continente que resultó de las disputas entre los Estados europeos no eran contradictorias con el carácter holístico del sistema-mundo. Éste se caracteriza también por una estructura tripartita de división: existe un área central, otra semiperiférica y otra periférica. La América Latina precolombina era una región exterior del sistema-mundo, la colonización supuso su integración como periferia. Es ese carácter periférico, quizás, el factor estructural mayor de unidad. Pero tampoco en este caso la unidad ha sido total, ya que se pueden distinguir dos áreas en esa periferia, una más orientada, al principio, hacia la explotación de sus recursos en metales preciosos (las tierras bajo dominio de la corona de Castilla) y otra más orientada hacia la agricultura de plantación (posesiones portuguesas, inglesas, francesas y de otros Estados europeos). La ligazón de una y otra con las áreas centrales de la economía-mundo es diferente y diferentes son también los efectos de los dos tipos de acumulación de capital.

Esta doble orientación productiva está también en el origen de las diferencias entre América Latina y el Caribe, además, por supuesto, de las razones de índole cultural. Sería muy simplista (economicista) pensar que las prácticas espaciales determinan de manera directa las representaciones del espacio, éstas responden también a otras variables y gozan de autonomía, aunque evidentemente están relacionadas con las prácticas. Si en el siglo XVI los países ibéricos comenzaron la

expansión europea por un mundo que se terminó por articular en su totalidad en función de las necesidades e intereses de los europeos y sus descendientes. Así, estos fueron “inventando” nuevas regiones que respondían a esa lógica de dominación europea. América, en el siglo XVI, es uno de esos “inventos” de españoles y portugueses que desempeñó un papel fundamental en la construcción de la modernidad, aunque hay que precisar que, como señala acertadamente Walter Mignolo (2007), ese proceso fue constitutivo de la primera modernidad, mientras que la invención de América Latina, producto de la geopolítica cultural francesa y de la geopolítica económica inglesa en el continente, se realiza durante la segunda modernidad, la liderada por los habitantes de los países de la Europa noroccidental, que no sólo destruye la primera modernidad sino que termina por someter, aunque sólo fuera de manera informal, a los países líderes de la primera modernidad. Por consiguiente, históricamente, España desempeñó papeles ambivalentes en el sistema-mundo moderno –y, por ende, respecto a América Latina–, fue un país imperial en la primera modernidad y un país subalterno en la segunda.

En cualquier caso, la situación de las regiones periferalizadas en los procesos constitutivos de la modernidad pervive mucho más allá de las independencias formales de las antiguas colonias, haciendo que la situación colonial fuera definitiva del nuevo sistema social. Aunque el sistema-mundo creado se ha de definir como moderno/colonial/patriarcal, como plantea Ramón Grosfoguel (2006), porque los procesos de jerarquización (y dominación) que conlleva la modernidad no se refieren sólo a una clasificación de lugares (centro y periferias), sino también a una clasificación racial (blancos europeos y otros) y a una clasificación de género edad y sexo (con los varones adultos heterosexuales en la cúspide de la pirámide). Por lo tanto, la dominación europea no sólo se manifestó en el control (formal o informal) de los territorios de lo que hoy conocemos como América Latina y de sus poblaciones, sino que también impuso los modelos teóricos, epistemológicos e intelectuales de la modernidad, desechando los de los indígenas y de los afrolatinos, que, destinados por los europeos y sus descendientes (los criollos) a la destrucción, se hicieron invisibles hasta su (re)surgimiento hace pocas décadas, que tiene una primera culminación en la elección por primera vez en la historia de un presidente indígena en una república latinoamericana: Evo Morales en Bolivia. E indudablemente este proceso va acompañado de la construcción de una nueva representación del espacio: la de Abya Yala.

Abya Yala significa “Tierra en Plena Madurez” en la lengua de los kunas que habitan en regiones de los actuales Estados de Panamá y Colombia, y es utilizado en la actualidad por varios movimientos indígenas en diversas localizaciones para referirse a todo el continente que conocemos como América (Monasterios, 2003). Un líder de otro pueblo indígena, Takir Mamani de los aymaras, ha propuesto que todos los pueblos indígenas americanos utilicen esta denominación en sus documentos y declaraciones. Su argumento es concluyente: “Poner nombres extranjeros a nuestros pueblos, ciudades y continentes es lo mismo que subordinar nuestra identidad a la voluntad de los invasores y sus herederos” (cit. en Mignolo, 2001: 180).

Al utilizar esta denominación se está presentando un proyecto geopolítico claramente contrapuesto a otros, como por ejemplo, el de las Américas explicitado en el ALCA, y sus diversas combinaciones. Y no responde, como algunos irreflexivamente están dispuestos a afirmar, a la reaparición de las identidades sofocadas por la colonización, que habrían permanecido dormidas. Antes bien, “la identidad colectiva indígena no es algo fijo ni natural sino una construcción de carácter político y social. Refleja una *identificación* estratégica y de oposición, de movimiento más que de

grupo, pensada no solo en el nivel local y nacional, sino transnacionalmente” (Walsh, 2002: 125). No se trata solamente de la construcción de movimientos y organizaciones en varios países, sino de la “imaginación” de símbolos o héroes transnacionales. Por ejemplo, un emblema o bandera, como la *Wiphala*, es usada por pueblos indígenas en los actuales Estados de Ecuador, Perú y Bolivia, que pretenden recuperar una forma simbólica, pero también proyectarla hacia el futuro. También recuerdan o reinventan sus héroes, como Tupaj Katari o Rumiñahui, que superan también el marco de los actuales Estados-nación. En definitiva, se construyen discursos (anti)geopolíticos que permiten la construcción de identidades unas y diversas. Pero la identidad transnacional amerindia se enfrenta no sólo a las dinámicas particulares de cada pueblo, sino también al encuadramiento en Estados que se vuelven interlocutores de cada organización. De modo tal que la retórica transnacional corre el riesgo de quedarse sólo en eso, en recurso retórico de un movimiento que no trascendería los actuales Estados. La colonialidad del poder persiste en los Estados latinoamericanos postcoloniales, y conlleva una identificación binaria de bárbaros (indígenas, negros...) y civilizados (europeos, norteamericanos anglosajones...).

PARA TERMINAR

El espacio no es un mero escenario de los hechos sociales, se “incorpora” en ellos. América Latina no es simplemente una región del mundo en la que ocurren hechos que podrían ocurrir en Europa o en África. Pensar esto es concebir el mundo como una bola de billar. Las divisiones entre diversas partes del mundo implican diferentes relaciones entre ellas.

Así, ateniéndonos a la división horizontal, por regiones, el centro del sistema-mundo moderno aglutina hoy en día fundamentalmente a la América del Norte anglosajona, la Unión Europea, Japón y los dos Estados de poblamiento europeo en el Pacífico (Australia y Nueva Zelanda). Y las relaciones de una región periférica, como América Latina, con el centro de este sistema-mundo está regida por el mecanismo básico de funcionamiento de éste: el intercambio desigual. Y esta desigualdad difícilmente desaparecerá a no ser que la región se desligue del sistema-mundo –algo que no parece probable en la actualidad– o éste se transforme –que aunque también parezca remoto, no hay que desechar, sino ¿quién predijo la caída del mundo “socialista” en 1989?–.

Pero también nos encontramos con una división vertical del espacio, por escala, que muestra que los procesos que ocurren en las localidades latinoamericanas no pueden ser explicados sin tener en cuenta las escalas de los Estado-nación y de la economía-mundo, pasándose así de una concepción cartesiana, pasiva, del espacio a una transversal, que se incorpora al hecho social, como la que Ortiz (1998) analiza tan bien.

En definitiva, deberíamos concluir que estudiar América Latina desde un punto de vista geográfico-político crítico no requiere un instrumental analítico específico, entre otros factores, porque desde esta perspectiva no se pretenderá interpretar la región como un espacio “salvaje”, definitivamente Otro, ni como un remedo atrasado de Europa -u Occidente-, que en el futuro será igual.

BIBLIOGRAFÍA

- Agnew, John (2005) *Geopolítica: Una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama Editorial.
- Brunn, Stanley D., y Mingst, K. A. (1985) “Geopolitics”, en M. Pacione (ed.): *Progress in political geography*, Londres, Croom Helm, pp. 41-76.
- Bunge, William W. (1983) “Geography is a field subject”, *Area*, n°. 15, pp. 208-210.
- Cairo Carou, Heriberto (2000) “Estado-nación e identidad en América Latina: las repercusiones del proceso de globalización”, en F. Harto de Vera (comp.): *América Latina: Desarrollo, Democracia y Globalización*, Madrid: Trama Editorial/CECAL, pp.197-214.
- (2005) “Discursos geopolíticos y construcción de identidades supranacionales en América Latina”, en E. Rodrigues-Moura (ed.): *Von Wäldern, Städten und Grenzen: Narration und kulturelle Identitätsbildungsprozesse in Lateinamerika*, (Anuario ¡Atención! Jahrbuch des Österreichischen Lateinamerika-Instituts, número 8), Frankfurt am Main: Brandes & Apsel / Südwind, pp.315-337.
- De la Fuente, Rosa, y Seppänen, Maria (2007) “La ciudad latinoamericana: viejos y nuevos desafíos”, Tema 3 de la Asignatura *Espacio y poder*, coordinada por Heriberto Cairo y Rosa de la Fuente, Proyecto ADA-MADRID.
- Foucher, Michel (1986) *L'invention des frontières*, París, F.E.D.N.
- Grosfoguel, Ramón (2006) “La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global”, *Tabula Rasa*, n°. 4, pp. 17-46.
- Huntington, Samuel P. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Lacoste, Yves (1973) “La géographie”, en F. Chatelet (ed.): *Histoire de la philosophie. Idées, doctrines*, París, Hachette [trad. al castellano por F. J. Aguirre González: “La Geografía”, en F. Chatelet (ed.): *Historia de la Filosofía*, Madrid, Espasa Calpe, 1976, pp. 218-271].
- (1976) *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, París, F. Maspero [trad. al castellano por J. Jordá: *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977].

- (1980) *Unité et diversité du tiers monde. I. Des représentations planétaires aux stratégies sur le terrain*, París, François Maspero.
- Larraín Ibáñez, Jorge (1996) *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Lefebvre, Henri (1974) *La production de l'espace*, París, Anthropos.
- Mato, Daniel (1994) "Procesos de construcción de identidades transnacionales en América Latina en tiempos de globalización", en D. Mato (comp.): *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad / UNESCO, pp.251-261.
- Mignolo, Walter (2001) "Descolonización epistémico y ética. La contribución de Xavier Albó y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas), 7 (3), pp.175-195.
- (2007) *La idea de América Latina*, Barcelona, Gedisa.
- Modelski, George (1987) *Long cycles in world politics*, Londres, Macmillan.
- Monasterios, Gloria (2003) "Abya Yala en Internet políticas comunicativas y representaciones de identidad de organizaciones indígenas en el ciberespacio", en D. Mato (coord.): *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas, FACES - UCV, pp.303-330.
- O'Loughlin, John (1988) "Is there a geography of international conflicts?", *Political Geography Quarterly*, 7, pp. 85-91.
- Ortiz, Renato (1998) *Otro territorio: ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Prescott, J. R. V. (1972) *Political Geography*, Londres, Methuen.
- Presentación Huamán, Jaime (2000) *Identidad, acción y filosofía del "Vecino". Villa El Salvador - Lima - Perú*, Informe de investigación mecanografiado, Universidad Complutense de Madrid.
- Ramos Rollón, María Luisa (1995) *De las protestas a las propuestas: Identidad, acción y relevancia política del movimiento vecinal en Venezuela*, Caracas, Nueva Sociedad.

- Taylor, Peter J. (1982) “A materialist framework for political geography”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 7, pp. 15-34 [trad. al castellano por M. D. García Ramón: “Un contexto materialista para la geografía política”, en M. D. García Ramón (ed.): *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*, Barcelona, Ariel, 1985, pp. 178-206].
- (1984) “Geographical scale and political geography”, en P. J. Taylor y J. W. House (eds.): *Political geography: Recent advances and future directions*, Londres, Croom Helm, pp. 1-7.
- (1985) *Political Geography: World-economy, nation-state and locality*, Londres: Longman [trad. al castellano de la 3ª ed. inglesa (1993) por A. Despujol Ruiz-Jiménez y H. Cairo Carou: *Geografía Política: Economía-mundo, Estado-nación y Localidad*, Madrid, Trama Editorial, 1994].
- (1987) “The poverty of international comparisons: Some methodological lessons from world-systems analysis”, *Studies in Comparative International Development*, 22, pp.12-39.
- (ed.) (1993) *Political Geography of the twentieth century: A global analysis*, Londres, Belhaven Press.
- Santos, Milton (1980) *Por uma geografia nova*, São Paulo, Hucitec (2ª ed) [trad. al francés: *Pour une géographie nouvelle. De la critique de la géographie à une géographie critique*, Argel/París, O.P.U./Publisud, 1984].
- Wallerstein, Immanuel (1974) *The modern world-system, I: Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*, Nueva York, Academic Press [trad. al castellano por A. Resines: *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo Veintiuno, 1984].
- (1984) *The politics of the world-economy: the states, the movements, and the civilizations*, Cambridge/París, Cambridge University Press / Editions de la Maison des Sciences de l’Homme.
- Walsh, Catherine (2002) “(De)construir la interculturalidad. Consideraciones críticas desde la política, la colonialidad y los movimientos indígenas y negros en el Ecuador”, en N. Fuller: *Interculturalidad y Política. Desafíos y posibilidades*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 115-142.